

que en mí produce un simple silbato, no se ría Ud. Pero podré describírselas? Algunas son tan sutiles, tan exquisitas, que se necesitaría un idioma hecho con una materia parecida á esa de que están fabricadas las brillantes y finas telarañas que relucen á la claridad de la luna.

Y habló con su voz suave, insinuante:

—Es el pito del afilador el que me ha despertado esta mañana.

¿Lo habéis oído alguna vez, señora? Quizá sí, pero sin saborearlo; de la misma manera que se oyen esos mil ruidos como el de la lluvia y el viento que tantas cosas dicen á las almas soñadoras. Esa música que canta el silbato del afilador ejerce sobre mí una magia especial: me hace sentir intensamente, de la misma manera que se experimenta un intenso dolor físico, la tristeza inmensa de la vida, la inutilidad de la vida, el porqué de la vida. Me parece que soy un vencido, caído á la orilla de un camino solitario y bello, envuelto en la luz del atardecer, abandonado de todos y de todo... de todo no, que me acompaña el doliente ritornelo del afilador, que se va prolongando á lo largo del camino semejante á un hilo de dolor. Como nunca, veo la humanidad, extendiéndose sobre la tierra asimismo que una cadena gigantesca en la cual cada ser es un eslabón que aun cuando está en contacto con los vecinos, es un eslabón solo...entendéis? solo, solo! ¡Que desoladora es esta soledad del hombre que vive en sociedad! Entonces recuerdo aquel trozo de Maupassant que él llamó «Solo!» y que hace sentir como nada la soledad de la vida! ¿Queréis que recite uno de sus párrafos que me viene á la memoria?

«Tienes tú idea de algo más horroso que ese constante rozamiento con los seres en cuyo pensamiento no podemos, penetrar, á quienes no comprendemos?» En otra parte dice: «Yo mismo he deseado ardientemente entregarme todo entero, abrir por com-

pleto las puertas de mi alma y no lo he conseguido: porque guardo allá en el fondo, muy en el fondo, ese lugar secreto del yo, donde nadie penetra, que nadie puede descubrir porque nadie conoce á nadie.»

Yo me embriago con la cancioncita que el afilador saca de su silbato, mientras su máquina va rodando por la calle empedrada ó entretanto que afila las tijeras y el cuchillo de mis vecinos, como un niño con unas gotas de vino dulce.

Para mí es una sencilla melodía que tiene sabor, olor... un sabor vago ¿á qué?... dejadme pensar... á lo que saben los recuerdos ¿sabéis? ¿Por qué pienso obstinadamente cuando canta el silbato del afilador, en el sabor que tenía la blanca rebanada de pan que mi madre me daba cuando era niño antes de irme á la escuela? Me huele á tierra mojada por los primeros aguaceros y me parece oír á los yigüirros los anunciadores de las tardes grises arrebuajadas en la lluvia y de las noches sin estrellas, cuando los focos eléctricos parecen á través de la niebla gotas de azogue que caen, de esas noches en las cuales se recuerda á los muertos queridos que tendrán tanto frío bajo la húmeda tierra, mientras uno mira la llama del hogar haciendo guiños amistosos y se oye afuera la lluvia que hila su canción monótona.

Y mi pensamiento es bajo la caricia de la humilde tonadilla, como esas graciosas arañitas que buscan para prender los hilos sutiles de su tela, las hojas de una planta, porque mi pensamiento busca entonces para prender los suyos no más que recuerdos tristes y dulces.

El afilador se aleja por la calle empedrada, haciendo rodar su máquina y cantar su silbato sin imaginar que su música está haciendo sentir á un corazón como nunca conseguirían que sintiera esas difíciles y enmarañadas músicas que alborotan los nervios y dejan tranquilo el sentimiento.

CARMEN LIRA